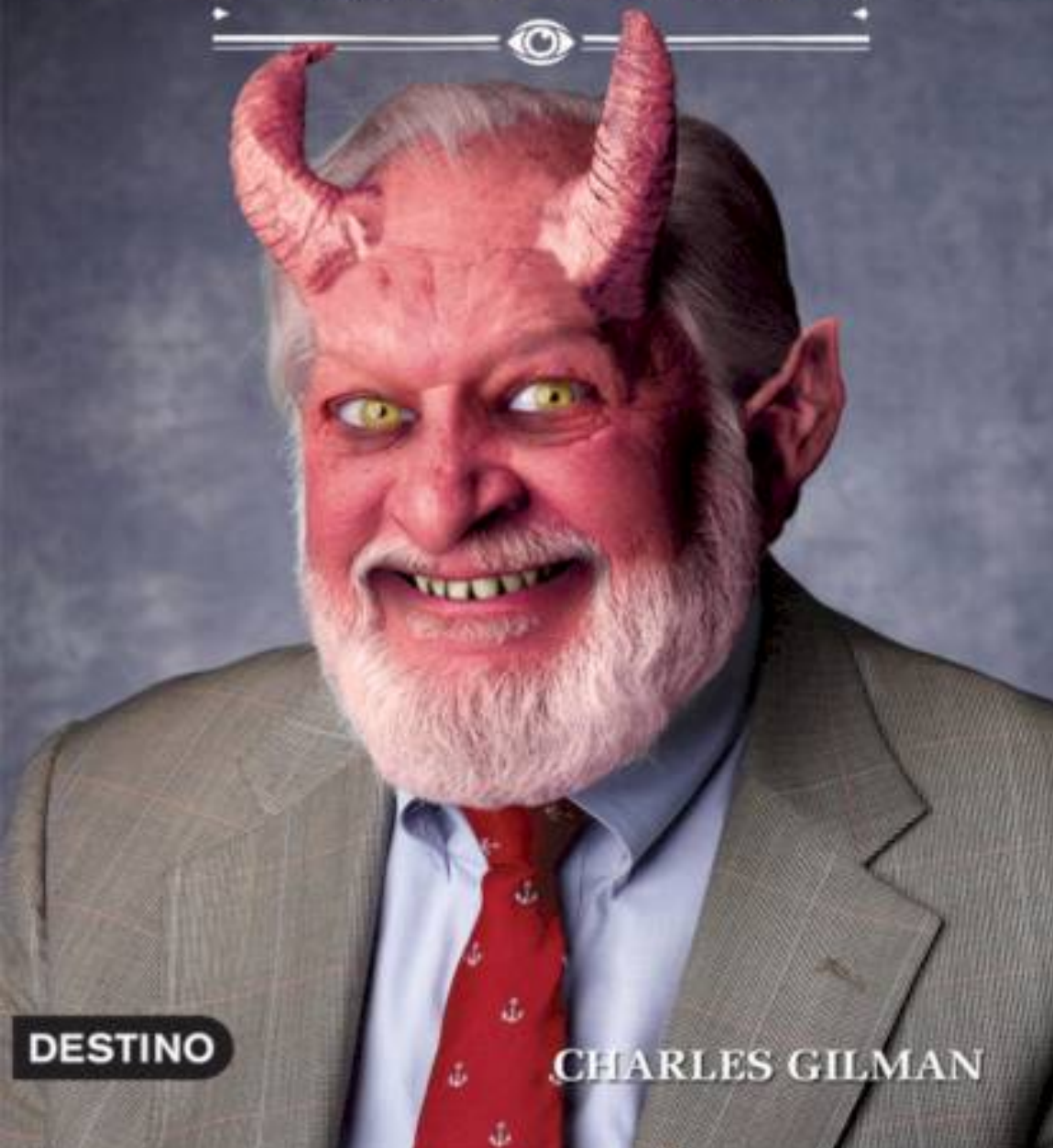


MISTERIOS DEL INSTITUTO LOVECRAFT

PROFESOR

GÁRGOLA



DESTINO

CHARLES GILMAN

MISTERIOS DEL INSTITUTO LOVECRAFT 1

PROFESOR
GÁRGOLA

CHARLES GILMAN

Ilustraciones de
EUGENE SMITH

DESTINO

Índice

Uno

Dos

Tres

Cuatro

Cinco

Seis

Siete

Ocho

Nueve

Diez

Once

Doce

Trece

Catorce

Quince

Dieciséis

Diecisiete

Dieciocho

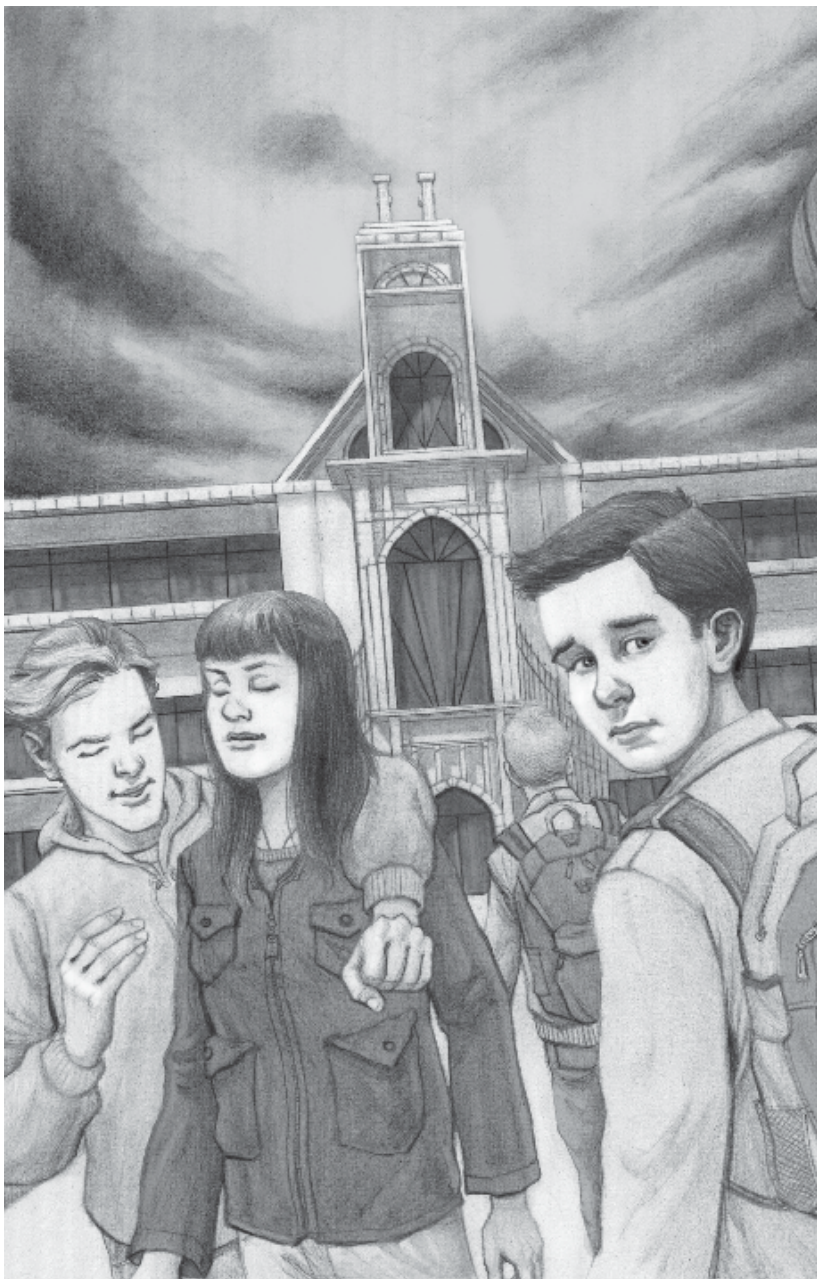
Agradecimientos mons-
truosos

Acerca del autor

Acerca del ilustrador

Créditos

Este libro es para Sam.





CAPÍTULO

UNO

Robert Arthur estaba rodeado de desconocidos.

Se quedó de pie afuera de la puerta principal del Instituto Lovecraft, viendo a los estudiantes pasar, en busca de alguna cara conocida. Todos charlaban con alguien. Los chicos bromeaban y reían y tonteaban. Pero Robert no reconocía a uno solo de ellos.

Al comienzo del verano, el barrio en el que vivía había sido rezonificado, que es una forma elegante de decir que todos sus viejos amigos irían al Instituto Franklin, al norte de la ciudad, mientras que él tendría que asistir al Instituto Lovecraft, al sur.

Su madre le dijo que no se discutiría más al respecto, que era una cuestión de suerte.

–Pero te va a encantar –le prometió–. Invirtieron millones de dólares en la construcción de esa escuela. Es muy mo-

derna y tiene tecnología de punta; piscina, pizarrones interactivos y lo que imagines. ¡Es una maravillosa oportunidad!

Robert no estaba tan seguro. Con gusto habría intercambiado la piscina y los pizarrones interactivos por estar con sus amigos de toda la vida. Además, le preocupaban cientos de cosas: con quién se sentaría a la hora del almuerzo, a quién le pediría ayuda para abrir el casillero... ¿Acaso nadie de su escuela anterior estaba en esta?

Junto a la entrada principal del instituto había un gran anuncio digital que proyectaba un mensaje luminoso:

¡BIENVENIDOS, ESTUDIANTES!
¡DIRÍJANSE AL ESTADIO DE PRÁCTICAS
PARA LA CEREMONIA DE INAUGURACIÓN!

Habría sido menos tardado atravesar el edificio, pero Robert no tenía prisa. Se tomó su tiempo para rodear la escuela, maravillado de lo rápido que esta parecía haber brotado de la tierra.

Hacía apenas seis meses estas eran tierras de cultivo abandonadas, cubiertas de maleza y lodazales y matas. Ahora era un edificio escolar de cuatro pisos, con canchas de tenis, campo de beisbol y pradera verde que se extendía más allá de lo visible.

Cuando Robert llegó al estadio deportivo, las gradas rebosaban de espectadores: estudiantes, profesores, padres de familia, periodistas. Todos en la ciudad habían venido a presenciar la ceremonia en la cual se cortaría la cinta. Todos, excepto la madre de Robert, quien era enfermera y debía cubrir el turno matutino en el Hospital Dunwich Memorial. Casi todas las mañanas se iba antes de que Robert se despertara, así que casi nunca asistía a las presentaciones o viajes escolares. A Robert le molestaba a veces, pero en esta ocasión lo agradecía, pues lo único más vergonzoso que sentarse solo en esta nueva escuela sería hacerlo junto

a su mami. Los otros chicos, por el contrario, se habían sentado con sus amigos.

Robert subió hasta la mitad de las gradas y se compactó entre dos grupos de chicas que reían. Le sonrió a ellas.

Ninguna le respondió el gesto.

La ceremonia acababa de comenzar. Primero, el alcalde agradeció al gobernador. Luego, este se puso de pie y dio las gracias al sindicato de profesores. Después, se levantó un grupo de maestros, quienes agradecieron a la asociación de padres. Entonces varios padres aplaudieron y, a su vez, dieron las gracias a la directora Slater.

Finalmente, la directora Slater se puso de pie y, con un par de enormes tijeras, cortó la gran cinta verde por la mitad. En ese preciso instante, el cielo se oscureció y se escuchó un discreto coro de truenos.

Robert pensó que era algo extraño, pues hacía un minuto el clima estaba agradable y era un día soleado. Ahora, de repente, parecía que llovería.

Por fortuna, la ceremonia estaba por terminar. El gran final era una actuación especial de la banda de guerra del Instituto Dunwich, que incluía percusiones, instrumentos de viento y abanderados. La banda desfiló por el campo al ritmo de la marcha nacional de Estados Unidos.

Robert miró por encima de su hombro, entre las gradas, y echó un vistazo a los rostros de los chicos. Debía de haber más de cuatrocientos estudiantes en el estadio. Sabía que, tarde o temprano, reconocería a alguien.

Y entonces lo vio.

Era la peor coincidencia posible.

«Oh, no».

Volteó de inmediato al frente.

Pero era demasiado tarde. También él lo había reconocido.

—¡Oye, Robert! ¿Eres tú? ¿Robert Arthur?

Tenía la peor suerte del mundo. ¿Glenn Torkells? ¿La única persona que conocía en el Instituto Lovecraft era Glenn

Torkells? ¿El bravucón que lo había atormentado durante años?

–¡Te estoy hablando! ¡Robert!

Sin duda era Glenn Torkells.

Robert intentó ignorarlo, pues su madre solía decirle que, si ignoraba a los bravucones, a la larga lo dejarían en paz. «Sí, claro».

–Sé que eres tú, Robert. Tengo una excelente memoria y nunca olvido una cara.

Algo viscoso le cayó en la nuca. Se llevó la mano al cuello y se lo despegó; era un gusano de gelatina a medio masticar.

–Voltea a verme, que te estoy hablando.

Robert sabía que, tarde o temprano, Glenn se saldría con la suya, así que se dio vuelta, y otro gusano de gelatina le cayó justo en la frente.

–¡Ja ja ja! –reía Glenn a carcajadas–. ¡Le di al blanco!

Estaba sentado a dos filas de Robert, con la misma apariencia que tenía en la primaria, aunque más robusto. Traía la misma chaqueta verde militar y el mismo mugriento pantalón de mezclilla. El cabello rubio oscuro se le escurría sobre la frente, como si él mismo se lo hubiera cortado con un par de tijeras sin filo. A Glenn lo habían retrasado dos años –primero en segundo grado, y luego en tercero–, así que siempre era el más grande del salón.

–¿Qué quieres? –le preguntó Robert.

Glenn se echó otro gusano de gelatina a la boca y comenzó a masticarlo.

–Que pagues la tarifa de los tontos –contestó.

Robert exhaló. Glenn le había cobrado la tarifa de los tontos durante parte del quinto año y todo el sexto. Era un castigo de un dólar que le imponía a Robert por diversas «infracciones», como tropezarse, o tartamudear, o usar ropa fea, o cualquier otro «crimen» que Glenn inventara.

Robert miró a su alrededor, con la esperanza de encontrar a algún maestro que pudiera intervenir. Era algo que

nunca había ocurrido en su escuela anterior, pero pensó que quizá el Instituto Lovecraft sería diferente.

No tuvo suerte. Todos miraban la banda militar que estaba en el campo. Las chicas que estaban a su lado parloteaban entre ellas.

—Rápido, Nerdbert —le dijo Glenn—. ¿Crees que eres el único en esta escuela que me debe?

Esa mañana, la madre de Robert le había dado cinco dólares extra, para celebrar su primer día como alumno de secundaria.

Robert sacó uno de los billetes de un dólar y se lo dio a Glenn. Su verdugo negó con la cabeza y sonrió, con pedazos de gelatina masticada entre los dientes.

—Aquí en la secundaria serán dos dólares —le explicó Glenn—. Ya no somos niños, ¿entiendes?



CAPÍTULO

DOS

Cuando la banda de guerra terminó de tocar, la directora Slater indicó a los estudiantes que buscaran sus casilleros y luego se dirigieran a sus salones.

Conforme las gradas se vaciaban, Robert anduvo con agilidad entre la multitud, cuidándose de mantenerse a una buena distancia de Glenn Torkells.

De pronto, notó que una chica se apresuraba hacia él.
Lo miraba.

Era menos alta que él y delgada, traía una playera blanca y pantalones de mezclilla azules, y cargaba una patineta maltratada. Su cabello era castaño oscuro, corto de los lados, y con un fleco que le cubría casi la mitad de la cara. Le sonrió, dejando ver sus frenillos metálicos.

–Tienes gusanos en el cabello –le dijo.

–¿Perdón?

–Gusanos de gelatina. En la cabellera.

Robert se llevó la mano a la cabeza y se sacudió el cabello para quitárselos.

–Gracias.

–Tendrás que enfrentar a ese tipo en algún momento.

–¿Enfrentar a quién?

–Ya sabes a quién me refiero.

Robert se sonrojó. ¿Acaso había algo más vergonzoso que recibir consejos de una chica linda para combatir a un bravucón?

–Glenn y yo somos amigos –le explicó Robert de inmediato–. Es solo un juego tonto que tenemos. Le debía dos dólares desde hace unos días.

–Él le llamó tarifa de los tontos.

–Claro, es parte del juego.

Robert sabía que la chica no le creía.

–Me llamo Karina –dijo–. Karina Ortiz.

–Yo soy Robert Arthur.

–Lo sé –dijo ella–. Lo escuché cuando se burlaba de ti.

–No estaba burlándose.

–Los amigos no les lanzan gusanos masticados a sus amigos –dijo–. Yo estaba ahí y lo vi todo.

–¿Ah, sí? Tal vez la próxima vez no deberías meterte donde no te llaman –le contestó Robert, en un tono más alto del que hubiera querido.

Karina levantó ambas manos en señal de defensa, como si él se le hubiera acercado con los puños en alto.

–Oye, pues como quieras –le dijo–. Solo me pareció que te caería bien tener una amiga, es todo.

Karina dejó caer la patineta sobre el asfalto, se impulsó con un pie y con rapidez se alejó rodando, deslizándose entre los otros estudiantes con precisión y equilibrio sorprendentes.

Casi de inmediato, Robert deseó haberse retractado y disculpado, pero ya era demasiado tarde. Karina era la primera persona amistosa que se le había acercado en el Instituto Lovecraft, y él había logrado ahuyentarla.

Siguió a la multitud de estudiantes por las escaleras hacia el corredor central de la escuela, en medio de un frenesí de colores, sonidos y luces.

En vez de pizarrones para avisos, los pasillos del Instituto Lovecraft ostentaban pantallas de LCD de alta definición con anuncios animados sobre las pruebas para el equipo de fútbol y los ensayos del coro. Contra los muros había filas y filas de casilleros que, en vez de candados de seguridad anticuados, tenían pantallas táctiles de diez botones. A ambos lados del pasillo, los chicos se alineaban para guardar sus mochilas y almuerzos.

Robert caminó hasta su casillero, el A119, e introdujo la contraseña que le habían enviado por correo. Cada botón emitía un agradable silbido al presionarlo, y luego la puerta se abrió con un discreto sonido neumático.

A lo lejos, se escuchó el grito de una chica, pero Robert no le dio importancia. Las chicas de su escuela anterior siempre gritaban por cualquier cosa.

Su nuevo casillero estaba dividido en dos por una repisa metálica. En la amplia parte superior había un gancho en el cual podía colgar su abrigo, y en la inferior, más pequeña, podía guardar la bolsa del almuerzo.

Robert examinó la parte superior y parpadeó, incrédulo.

Al fondo de la repisa, había una enorme rata blanca olisqueando el ambiente.

Al otro lado del pasillo, otra chica lanzó un grito; luego otra, y otra más.

–¡Háganse hacia atrás! –vociferó un profesor.

Robert sintió que algo le pasó entre las piernas. Se alejó del casillero cuando la rata le saltó sobre el pecho y se le escurrió hasta el hombro.

–¡Quítamela! –gritó alguien.

–¡Aquí hay otra!

–¡Se me subió a la cabeza!

Varias ratas más pasaron corriendo entre sus pies; eran docenas, que iban como rayos entre los zapatos de los chi-